

SONIA ARNÁIZ & ISABEL HALO

La HISTORIA de GUADALCACÍN

CONTADA A LA GENTE MENUDA



“La historia de Guadalcaçín contada a la gente menuda” es un homenaje, con la imprescindible perspectiva de género, a las primeras familias colonas que llegaron a Guadalcaçín y que con su esfuerzo contribuyeron a convertirnos en lo que hoy somos. Desde el Ayuntamiento de Guadalcaçín queremos agradecer al Área de Igualdad de la Diputación Provincial de Cádiz la colaboración que nos ha prestado para desarrollar este proyecto; pero, sobre todo, a todas las personas mayores que han querido rememorar y compartir su infancia para confeccionar este pequeño relato común.

Salvador Ruiz García

Alcalde-presidente de Guadalcaçín

Nuestro agradecimiento a:

Isabel Vega López (68), María Marchán García (91), Pepa Joya Medina (86), Manuela Moya Jiménez (78), Antonia García García (79), Dolores Joya Medina (80), Antonia Redondo Soto (69), Beatriz Rodríguez Romero (58), Carmen Cabral Ruiz Herrera (70), Antonio Molina Garces (76), Isabel Cote Cruz (65), Carmen López Pérez (73), M^a Carmen Domínguez Bastón (63), Francisca Ponce Ruiz (72) y Juan Clavijo Pan (75).

Sonia Arnáiz del Bosque

Idea, investigación y textos
vacasyratones.com

Isabel Halo

Ilustraciones y diseño editorial
isabelhalo.es



Érase una vez la historia de nuestro pueblo: Guadalcaçín.

Hace apenas un siglo, todavía no existía tal y como lo conocemos ahora. En su lugar, se extendía un vasto terreno húmedo en el que se levantaban algunas chozas aquí y allá. Palmitos, vacas... ¡y hasta serpientes había!



En aquel momento, las viviendas más cercanas eran las de Caulina, que como colonia agrícola se había construido en torno a 1915. Parcelas para cultivar, viviendas para las familias colonas y, en un espacio común: el bar, el taller, el almacén y la escuela.



Pero no todos podían ir a aprender. La mayoría de los niños y niñas de entonces comenzaban a trabajar muy pronto, porque la necesidad era mucha.



Vivir en uno de aquellos chozos era frío y peligroso. Más de uno salió ardiendo al intentar calentarse con una candela en los duros inviernos de entonces y alguno que otro fue arrastrado por las fuertes lluvias que también se recuerdan, porque entonces "el invierno era invierno".

Las familias que vivían en ellos se dedicaban, sobre todo, a la agricultura. Tenían parcelas en cultivo, cuidaban vacas, criaban pavos o gallinas y hasta había quien cosía y enseñaba a coser como si se tratase de una escuela. Todo el mundo trabajaba sin importar la edad.



Las primeras 21 familias colonas, procedentes de Alcalá de los Gazules, Paterna de Rivera, Medina Sidonia y Jerez, llegaron al futuro Guadalcacín en septiembre de 1952, un año después de que se decidiese su construcción. Al principio, como no había viviendas, tuvieron que habitar en condiciones muy difíciles y penosas.



Vivían en barracones temporales colocados en mitad del campo. En su interior no había ni luz eléctrica ni agua corriente ni retretes. En uno de ellos se instaló la primera escuela, donde niñas y niños por separado aprendían con doña Engracia y don Cruz. Después llegaría doña Tomy, Tomasa Pinilla, a la que se dedicó el cole en el que dio clase.



Para ser colono había que ser varón y agricultor, saber leer y escribir, tener entre 23 y 50 años y "buena conducta", estar casado o viudo con hijos y no presentar ninguna discapacidad. El "lote de colono" estaba compuesto por una vivienda, una parcela, una yunta de trabajo, una vaca lechera, una yegua y aperos de labranza.

Cada año, cuando se recogía la cosecha, los colonos tenían que pagar con ella al Instituto Nacional de Colonización para poder tener su propiedad al cabo de muchos años. Por eso, toda la familia trabajaba, sobre todo recogiendo algodón, ¡tan importante para Guadalcacín que su flor forma parte de nuestro escudo!



En aquel tiempo, las mujeres no podían solicitar un lote de colonización, porque según la ley de entonces no tenían los mismos derechos que los varones. A pesar de ello, compartían las labores del campo, se encargaban en solitario de la casa, de sus hijos e hijas y muchas veces también cuidaban a las personas mayores de la familia.



Su trabajo apenas se tomaba en cuenta. Sólo si el esposo fallecía, la mujer tenía derecho a la propiedad junto a su descendencia. Eso sí, pagando cada año los plazos a los que estaba obligada la familia colona, a pesar de contar con un miembro menos.



¡Por fin, en 1956 ya estaba construido casi todo el pueblo! El Guadalcacín de entonces, claro. Más de 160 viviendas para familias colonas y obreras, a las que se sumó muy pronto la plaza Artesanía, con el ayuntamiento, la iglesia y el colegio.

Una plaza que sigue siendo hoy, muchas décadas después, el centro de nuestras celebraciones más importantes. Nuestro pueblo ha crecido muchísimo desde entonces. Gracias, sobre todo, al trabajo y al tesón de aquellas primeras familias cuyo esfuerzo se reconoce en nuestro Monumento a la Colonización.

SONIA ARNÁIZ & ISABEL HALO

La HISTORIA
de GUADALCACÍN
CONTADA A LA GENTE MENUDA